

Aire frío

(Howard Philips Lovecraft): Muchos me preguntan por qué temo las corrientes de aire gélido, por qué tiemblo más que otros cuando ingreso en una habitación fría y reacciono con angustia y repulsión cuando el viento fresco del poniente se desliza entre la tibia atmósfera de un apacible día otoñal. No negaré que reacciono frente al frío como otros lo hacen frente a los olores nauseabundos y por esta razón voy a relatar el más espeluznante hecho que me ha sucedido, para que juzguen si ello explica o no mi extraño comportamiento. Es un error conjeturar que el terror se asocia únicamente con la oscuridad, el silencio o la soledad. Yo lo percibí en el resplandor de una tarde incipiente; entre el bullicio y ajetreo de la gran urbe, mientras me encontraba en una modesta pensión en compañía de una prosaica patrona y otras dos personas. En la primavera de 1923 había conseguido un trabajo rutinario y mal pago y ante la imposibilidad de afrontar un alquiler; fui errando de una pensión de mala muerte a otra, tratando de encontrar alguna que reuniera mínimas condiciones de limpieza, un mobiliario decente y un precio accesible para mí. Resignado comprobé que no me quedaba más remedio que elegir entre pobres alternativas; por lo que recalé en una casona ubicada en la calle catorce del Oeste, que resultó apenas menos desagradable que las otras que había visitado.

El lugar en cuestión era una mansión de piedra rojiza de cuatro pisos de fines de la década de 1840; provista de un mármol que sugería un enmohecido y descolorido esplendor, residuo de una exquisita opulencia de épocas pretéritas. Las habitaciones eran amplias con techos altos coronados con molduras de estuco y paredes empapeladas con el peor gusto, en las que afloraban rastros de una rancia humedad y de una dudosa cocina. Sin embargo los pisos lucían limpios, la ropa de cama razonablemente higiénica y el agua caliente casi nunca se cortaba o enfriaba; de forma que llegué a considerarlo como un lugar llevadero para hibernar hasta el día en que pudiera realmente volver a vivir. La patrona, una desaliñada y casi barbuda mujer española de apellido Herrero, no me importunaba con habladurías ni se quejaba cuando dejaba encendida la luz por la noche en el vestíbulo de mi tercer piso. Mis compañeros de pensión eran tan imperceptibles como uno desearía; hombres rústicos, españoles en su mayoría y sin educación. Sólo podía quejarme del estrépito de los coches que circulaban por la calle.

Habían transcurrido tres semanas cuando se produjo el primer incidente extraño durante un atardecer, cerca de las ocho. Mientras leía en mi habitación me distrajo una insistente gotera que caía al suelo y despertando mis sentidos, advertí que llevaba un tiempo percibiendo un creciente hedor semejante al acre, característico del amoníaco. Luego de examinar el cuarto descubrí que la gotera procedía de una incipiente mancha de humedad ubicada en el ángulo que la pared y el cielo raso formaban frente a la calle. Preocupado me dirigí a la planta baja para informar el problema a la patrona, quien me aseguró que lo solucionaría al instante.

-¡Otra vez el Dr. Muñoz! -me dijo en voz alta mientras subía presurosa por las escaleras-; ha debido derramar algún producto químico. Está demasiado enfermo para cuidar de sí mismo y cada día que pasa empeora, pero no quiere que nadie lo asista. Tiene una enfermedad extraña. Todo el día toma baños con olores repugnantes e intenta no estimularse ni acalorarse. Él mismo hace la limpieza de su pequeña habitación, que está llena de botellas y de máquinas, aunque ya no ejerce de médico. Pero en otros tiempos fue conocido, mi padre oyó hablar de él en Barcelona y no hace mucho curó al fontanero un brazo que se había lastimado en un accidente. Jamás sale. Muy de vez en cuando sube a la terraza y mi hijo Esteban le lleva a su habitación comida, ropa limpia, medicinas y algunos preparados químicos. ¡Dios mío, hay que ver la cantidad de sales de amoníaco que gasta ese hombre para estar siempre fresco!

La señora Herrero desapareció escaleras arriba y yo volví a mi pensión. El amoníaco cesó de gotear y mientras limpiaba el piso abriendo la ventana para ventilar el cuarto, sentí en la habitación de arriba los macilentos pasos de la patrona. Nunca había escuchado la voz del Dr. Muñoz, aunque sí, algún sonido que parecía más propio de un motor de gasolina. Su andar era sosegado y apenas perceptible. Por unos instantes me pregunté qué extraña dolencia lo aquejaba y si su obstinada negativa a recibir ayuda del exterior no sería sino el resultado de un temperamento excéntrico sin fundamento aparente. Hay..., reflexioné, qué infinito patetismo muestra una persona eminente venida a menos.

Tal vez nunca hubiera conocido al Dr. Muñoz, de no haber sido por un ataque al corazón que sufrí una mañana mientras escribía en mi habitación. Los médicos ya me habían advertido cómo actuar si sentía dolores en el pecho, por lo que era consciente que no debía perder tiempo. Recordando que la patrona me había contado los cuidados que prestó aquel anciano doctor al fontanero, subí como pude hasta el piso superior y llamé débilmente a su puerta. Mi llamado fue contestado por una extraña voz que se expresaba en un elegante inglés y que parecía provenir de una puerta contigua ubicada más a la derecha. Preguntó mi nombre y el objeto de mi visita y cuando respondí, se abrió aquella puerta contigua a la que había llamado. Al acercarme, una ráfaga de aire frío me impactó el rostro a manera de saludo y aunque transcurrían los calurosos días de finales de junio, tirité al pasar el umbral para ingresar a un amplio aposento, cuya elegante decoración contrastaba con el resto de la casa de pensión. Una cama plegable desempeñaba ahora su diaria función de sofá, muebles de caoba, refinadas cortinas, antiguos cuadros y añejas estanterías colmadas de libros; hacían pensar más en la residencia de un gentilhombre, que en un cuarto de una casa de pensión. Pude ver que el vestíbulo ubicado encima del mío -*“la pequeña habitación”* llena de botellas y máquinas que había mencionado la dueña-, hacía las veces de laboratorio del doctor; mientras que el principal sector de su hábitat, era una espaciosa y cómoda alcoba contigua que contaba un amplio toilette adyacente, que le permitía ocultar los anaqueles repletos de frascos, redomas y algunos enigmáticos ingenios utilitarios. No cabía duda que el Dr. Muñoz era un caballero culto y refinado.

El hombre que se presentó ante mí vistiendo un traje formal era más bien bajo, pero distinguido y bien proporcionado. Tenía un rostro de nobles facciones con una expresión firme pero no arrogante, adornada por una barba prolija de color gris metálico y unos anticuados quevedos que protegían sus oscuros y grandes ojos, coronando una nariz aguileña que le confería un toque morisco a una fisonomía -por lo demás- predominante celtibérica. Su abundante y bien cortada cabellera, que sugería puntuales visitas al barbero, estaba dividida con gracia por una línea que nacía en su augusta frente. Su aspecto general inspiraba inteligencia, linaje y crianza superior. Sin embargo, tan pronto vi al Dr. Muñoz en medio de aquella ráfaga de aire frío, sentí cierta repugnancia que, a decir verdad, nada en su aspecto podía justificar. Tal vez cierta palidez de su semblante o su tacto frío podrían haber ofrecido alguna explicación material para semejante sensación; aun cuando ambos defectos eran excusables, habida cuenta de la enfermedad que padecía aquel hombre. Podría especular que mi desagradable impresión pudo relacionarse con aquel frío inusual en un día tan caluroso y como lo todo lo extravagante que irrumpe en la rutina cotidiana, me suscitó aversión, desconfianza y miedo.

Pero, en poco tiempo la repugnancia cedió a la admiración; pues las extraordinarias dotes de aquel singular médico se pusieron de manifiesto a pesar de aquellas heladas y temblorosas manos por las que parecía no circular sangre. Le bastó una mirada para diagnosticarme, siendo sus auxilios de una destreza magistral. Mientras me tranquilizaba con una voz finamente modulada, aunque hueca y carente de todo timbre, me dijo que él era el más implacable enemigo de la muerte y que había gastado su fortuna personal abandonado incluso a sus amigos, para dedicar su vida a sus extraños experimentos, para encontrar la forma de detener y extirpar la muerte. Algo de benevolente fanatismo parecía advertirse en aquel hombre, mientras continuaba hablando en un tono casi locuaz y me auscultaba el pecho mezclando las drogas que había traído de su laboratorio para conseguir la dosis necesaria. Era evidente que la compañía de un hombre educado debió sorprenderle en aquel miserable antro, impulsándolo a conversar más que de costumbre para recordar tiempos mejores.

Su voz tenía un efecto sedante y ni siquiera se percibía su respiración mientras conversaba con delicado esmero. Trató de distraerme de mis preocupaciones hablándome de sus teorías y experimentos. Recuerdo con qué tacto me consoló acerca de mi frágil corazón, insistiendo en decirme que la voluntad y la conciencia son más fuertes que la vida orgánica y que, con una mejora científica de esas cualidades, era posible conservar una suerte de impulso vital cualesquiera que fuesen los graves defectos, disminuciones e incluso ausencias de órgano que se padecieran. Algún día -me dijo medio en broma-, podía enseñarme cómo vivir o al menos a llevar algún tipo de existencia consciente... *¡sin corazón!*

Por su parte, él estaba afligido por una serie dolencias que le obligaban a seguir un régimen muy estricto que incluía la necesidad de estar expuesto constantemente al frío. Cualquier aumento apreciable de la temperatura podía, en caso de prolongarse, afectarle fatalmente. En razón de ello, había logrado mantener la temperatura que reinaba en su estancia entre unos 11 a 12 grados; gracias a un sistema absorbente de enfriamiento por amoníaco, cuyas bombas eran accionadas por el motor de gasolina que con tanta frecuencia escuché desde mi habitación.

Recuperado del ataque en un tiempo asombrosamente breve, salí de aquel lugar helado convertido en un ferviente discípulo y devoto del genial recluso. A partir de ese día le hice frecuentes visitas, siempre con el abrigo puesto y lo escuchaba atentamente hablar de sus investigaciones secretas y sus escalofrantes resultados. Un estremecimiento se apoderaba de mí cuando examinaba los singulares y sorprendentes volúmenes antiguos que se alineaban en las estanterías de su biblioteca, aunque debo añadir que me curó de mi dolencia, gracias a sus acertados remedios. Al parecer, el Dr. Muñoz no desdeñaba los conjuros medievales, pues creía que aquellas fórmulas crípticas y enigmáticas contenían raros estímulos psicológicos que bien podrían tener efectos sobre la esencia de un sistema nervioso en el que ya no se dieran pulsaciones orgánicas. Me contó que había conocido al anciano Dr. Torres de Valencia, con quien compartió sus primeros experimentos, cuando aquel lo atendió en el curso de una grave enfermedad que padeció 18 años atrás y de la que procedían sus actuales trastornos. El venerable colega lo había salvado de sucumbir al hosco enemigo contra el que había luchado. Sin embargo, agregó susurrando, falleció poco después víctima de la tensión nerviosa; pues los extravagantes métodos de curación involucraban actos y procedimientos no siempre comprendidos por los galenos ancianos y conservadores.

A medida que transcurrían las semanas, observé con dolor que el aspecto físico de mi amigo iba decayendo lenta e irreversiblemente, tal como lo había advertido la señora Herrero. Se intensificó la lividez de su fisonomía, su voz se hizo más hueca e indefinida, sus movimientos musculares perdían coordinación, así como su cerebro y voluntad tenían menos flexibilidad e iniciativa. El Dr. Muñoz parecía ser consciente de su declinación y progresivamente su expresión y conversación adquirieron un matiz de horrible ironía que me hizo recobrar algo de aquella indefinida repugnancia que experimenté al conocerle. Adquirió con el tiempo extrañas costumbres, aficionándose hasta tal punto por el incienso egipcio y otras especias del oriente, que su habitación se impregnó de un hedor que nos hubiera evocado a la cámara de un faraón sepultado en el valle de los Reyes. Al mismo tiempo, su necesidad de aire frío fue *in crescendo* y tuve que colaborar ampliando los conductos de amoníaco de su habitación y modificando las bombas y sistemas de alimentación de la máquina refrigerante para lograr que la temperatura descendiera, primero entre uno y cuatro grados, para llegar finalmente a dos grados bajo cero. El cuarto de baño y el laboratorio conservaban una temperatura algo más alta, para evitar que el agua se congelara y pudieran facilitarse los procesos químicos. El huésped que habitaba en la habitación vecina se quejó del aire glacial que se filtraba a través de la puerta contigua, así que tuve que ayudar al doctor a poner unos tupidos cortinajes para solucionar el problema. Cierta temor desmedido y morboso se fue apoderando de él. No cesaba de hablar de la muerte, pero una irónica mueca de risa se dibujaba en su rostro, cuando en el curso de la conversación se aludía con suma delicadeza a cosas como los preparativos para el entierro o los funerales.

Con el tiempo, el doctor acabó convirtiéndose en una desconcertante y desagradable compañía. Pero mi gratitud me impedía abandonarlo en manos de los extraños que lo rodeaban, así que tuve buen cuidado de limpiar su habitación y atenderlo en sus necesidades cotidianas, abrigándome para la ocasión. Asimismo, le hacía sus compras, aunque no salía de mi estupor ante algunos de los artículos que encargaba en las farmacias y almacenes de productos químicos.

Una creciente e indefinible atmósfera de pánico parecía desprenderse de su cuarto. La casona entera, como ya he dicho, exudaba olor a humedad; pero la fetidez que emanaban las habitaciones del Dr. Muñoz era aún peor. No obstante que podrían atribuirse aquellos olores a las especias, el incienso y el acre perfume de los productos químicos de sus ahora incesantes baños -que insistía en tomar sin asistencia-, deduje que aquel repugnante tufo debía guardar relación con su enfermedad y me estremecí al pensar qué padecimiento podría estar sufriendo. La señora Herrero evitaba en lo posible cruzarse con él y finalmente lo abandonó por entero a mi cuidado, no dejando siquiera que su hijo Esteban continuara haciéndole los recados. Cuando yo le sugería la conveniencia de consultar a otro médico, el doctor montaba en cólera. Temía sin duda el efecto físico de una emoción violenta, pero su voluntad y coraje crecían en lugar de menguar, negándose incluso al reposo. La lasitud de los primeros días de su enfermedad dio paso a un retorno de su vehemente ánimo, hasta el punto que parecía desafiar a gritos al demonio de la muerte; aun cuando corriese el riesgo de que aquel ancestral enemigo se apoderase de él. Dejó prácticamente de comer, algo que curiosamente siempre dio la impresión de ser una mera formalidad y sólo su energía mental parecía preservarlo del colapso definitivo.

Adquirió la costumbre de escribir largos documentos, que sellaba con cuidado y llenaba de instrucciones para que, a su muerte, me encargara de remitirlos a sus destinatarios. Estas personas eran en su mayoría de las Indias Occidentales. Entre ellos recuerdo a un médico francés otrora renombrado, del que se decían las cosas más increíbles y que en aquel momento ya se tenía por muerto. Sin embargo, lo que hice en realidad, fue quemar esos documentos en lugar de enviarlos o abrirlos. El aspecto y la voz del Dr. Muñoz se volvieron espeluznantes y su presencia casi insoportable. Un día de septiembre un hombre llegó a reparar la lámpara eléctrica de su mesa de trabajo y a pesar de que el doctor tomaba la precaución de no dejarse ver, una involuntaria, accidental e inesperada mirada del obrero le indujo una crisis epiléptica; ataque del que se recuperó gracias a las indicaciones que el propio doctor daba mientras se alejaba de su vista. Fue sorprendente saber que aquel hombre, había vivido los horrores de la gran guerra sin sufrir tamaña sensación de terror.

Una noche a mediados de octubre sobrevino de súbito el peor de los horrores, cuando se rompió la bomba de la máquina refrigerante y resultó imposible mantener el proceso de enfriamiento del amoníaco. El Dr. Muñoz me avisó dando frenéticos golpes en el suelo y de inmediato subí y me puse a trabajar con desesperación para intentar solucionar el desperfecto, en medio de las maldiciones que profería el enfermo. Mis esfuerzos sólo me permitieron identificar el daño, por lo que me vi en la necesidad de buscar un mecánico en un cercano garaje nocturno. Éste confirmó mi diagnóstico, agregando que nada se podía hacer hasta la mañana siguiente, pues era necesario comprar un nuevo pistón. El ermitaño moribundo se puso furioso expresando rabia y pánico en proporciones dantescas e hinchándose de tal forma que parecía que iba a colapsar su endeble constitución física. Fue cuando un espasmo le obligó a llevarse las manos a los ojos y a dirigirse a tientas al Toilete. Cuando salió tenía el rostro vendado y ya nunca más pude ver sus ojos.

El cuarto estaba sensiblemente menos frío y a las cinco de la mañana el doctor se refugió en el baño, encargándome que le procurase todo el hielo que pudiera conseguir en las tiendas y cafeterías abiertas a esa hora. Cada vez que regresaba da alguna de mis desalentadoras búsquedas y dejaba el botín delante de la puerta cerrada del baño, podía oír un incansable chapoteo y una voz ronca que gritaba ¡Más! ¡Más!. Finalmente, amaneció un caluroso día y los comercios fueron abriendo. Pedí a Esteban que me ayudara en la búsqueda del hielo para que yo me encargara de conseguir el pistón pero, siguiendo las órdenes de su madre, el muchacho se negó.

Finalmente tuve que contratar los servicios de un vagabundo que encontré en la esquina de la Octava avenida, para que abasteciera de hielo al enfermo desde una pequeña tienda; así podía entregarme con la mayor diligencia a la tarea de encontrar un pistón para la bomba y conseguir los servicios de unos obreros competentes que lo instalaran. Mi búsqueda parecía interminable y casi llegué a desalentarme al ver cómo transcurrían las horas haciendo vanas llamadas y yendo por diferentes lugares sin aliento y sin ingerir alimento alguno; hasta que cerca de las doce y estando muy lejos del centro, encontré un almacén de repuestos donde tenían lo que buscaba. Más o menos hora y media después llegaba a la pensión con el instrumental necesario y dos avezados mecánicos. Había hecho todo lo que estaba a mi alcance y sólo cabía esperar que mi esfuerzo hubiera llegado a tiempo. Sin embargo, un indecible terror me había precedido. La casa estaba totalmente alborotada y por encima del incesante parloteo de las voces pude oír a un hombre que rezaba con voz profunda. Algo diabólico flotaba en el ambiente y los huéspedes pasaban las cuentas de sus rosarios, mientras el hedor invadía la estancia por debajo de la atrancada puerta del doctor. Al parecer, el vagabundo que había contratado salió precipitadamente dando histéricos alaridos cuando dejaba su segunda bolsa de hielo; quizá todo se originó a causa de su excesiva curiosidad. En su rápida huida no pudo haber cerrado la puerta, pero alguien la había cerrado desde adentro; aunque cuando me aproximé, no se escuchaba el menor ruido, salvo un indefinible goteo lento y espeso.

Tras consultar con la dueña y los obreros y no obstante el miedo que me tenía atenazado, opiné que lo mejor sería forzar la puerta; pero la patrona halló el modo de hacer girar la cerradura desde el exterior sirviéndose de un artilugio de alambre. Previo a ello, habíamos abierto las puertas y ventanas del resto de las habitaciones de aquel sector del edificio. Finalmente y con las narices cubiertas con pañuelos; ingresamos con temor en la pestilente habitación del doctor que, orientada al mediodía, era abrasada con el caluroso sol de las primeras horas de la tarde. Una oscura y viscosa sustancia marcaba un rastro desde la puerta abierta del cuarto de baño a la puerta de vestíbulo y desde aquí al escritorio, donde se había formado un horrible charco. Encima de la mesa encontré un trozo de papel terriblemente embadurnado y garabateado a lápiz por una repulsiva y ciega mano que había trazado apresuradamente unas últimas palabras. Luego el rastro seguía hasta el sofá en donde inexplicablemente finalizaba.

Lo que encontramos en el sofá es algo que no puedo ni me atrevo a describir. Pero testimoniaré lo que en medio de un estremecimiento general descifré aterrorizado en el embardunado papel, antes de sacar una cerilla y prenderle fuego; mientras la patrona y los dos mecánicos salían disparados de aquel infernal lugar hacia la comisaría más próxima para balbucear sus incoherentes historias. Las nauseabundas palabras resultaban poco menos que increíbles en aquella amarillenta luz solar, con el estruendo de los coches y camiones que transitaban por la calle; pero debo confesar que en aquel momento las creí. Si las creo ahora, es algo que sinceramente ignoro. Hay cosas acerca de las cuales es mejor no especular y todo lo que puedo decir es que no soporto el olor a amoníaco y que me siento desfallecer ante una corriente de aire excesivamente fría.

“Ha llegado el final -rezaban aquellos hediondos garabatos- No queda hielo... El hombre me miró y huyó despavorido. El calor aumenta por momentos y los tejidos no pueden resistir. Me imagino que lo sabe... lo que dije sobre la voluntad, los nervios y la conservación del cuerpo una vez que han dejado de funcionar los órganos. Como teoría era buena, pero no podía mantenerse indefinidamente. No conté con el deterioro gradual. El Dr. Torres lo sabía pero murió por la impresión. No fue capaz de soportarlo cuando tuvo que hacer lo que le pedía en mi carta para curarme: introducirme en un lugar extraño y oscuro. Mis órganos no volvieron a funcionar. Tenía que hacerse a mi manera ¿comprende?... Yo fallecí en aquel entonces, hace ya dieciocho años.”

H.P. Lovecraft (1890-1937). Cuento escrito en marzo de 1926 y publicado en Marzo de 1928 en el libro *“Cuentos de Magia y Mistero”*.